

[APOLOGÍA DEL PROFETA DAVID.]

ADVERTENCIA EN DEFENSA DEL PROFETA DAVID.

Algunos (Cap. I, num. 1), al leer la historia de David, se sorprendieron al descubrir que un profeta y rey tan santo había caído en un doble crimen, a saber, adulterio y homicidio, lo que les causó una ofensa considerable. Por ello, al difundirse este rumor, San Ambrosio, siempre atento a las necesidades de su pueblo, consideró necesario abordar este problema de inmediato. Así, subiendo al púlpito sagrado, emprendió la defensa de este mismo profeta y rey. Sin embargo, no lo defendió de tal manera que lo declarara libre de culpa. De hecho, admite (Cap. 1 y sig.) que estaba manchado por dos gravísimos pecados: pero sostiene que fue expiado por una confesión rápida (Cap. 2), una penitencia prolongada (Cap. 4) y un incansable esfuerzo en buenas obras (Cap. 6 y sig.), de modo que ya no era lícito que los pecadores acusaran a quien Dios mismo había absuelto (Cap. 4 y en otros lugares). Además, no parecía inusual que un hombre frágil sucumbiera a la tentación y la concupiscencia (Cap. 1 y en otros lugares), pero era digno de admiración que un rey poderosísimo, que no estaba sujeto a la severidad de las leyes, reconociera su culpa tan pronto como fue advertido del pecado cometido, y la borrara con un dolor sincero y vehemente. Añade que esta caída fue permitida por el consejo divino para que él mismo, como ejemplo para la posteridad, fuera humillado y probado (Cap. 2 y 3); y que en esto mismo había una figura de misterio (Cap. 3) que disminuía la atrocidad de la falta. Finalmente, después de enumerar muchas acciones ilustres y santas (Cap. 6 y sig.) con las que el Profeta cubrió su delito, afirma que no necesita otro defensor; ya que en el salmo L, en el que testificó tanto su penitencia como el perdón obtenido (Cap. 8 y sig.), dejó su propia apología. Este hombre santo lo demuestra con una breve pero elegante explicación de todos los versículos de ese salmo, en la que, al igual que en toda la obra, esparce ciertas exposiciones místicas, observaciones y exhortaciones morales para la instrucción del pueblo al que se dirigía.

La estructura misma de esta obra permite entender que en la edición romana fue dividida en dos tratados de manera poco juiciosa, en contra de la autoridad de todos los manuscritos y ediciones anteriores, de los cuales uno retuvo el antiguo título de Apología de David, y el otro, con un nuevo título, fue asignado a las explicaciones de los salmos. Esta división también es rechazada por el beato Agustín; pues él (Lib. IV, cont. dos epist. Pelag., cap. 11, y lib. II cont. Jul. Pelag., cap. 7) al citar un testimonio de la explicación del salmo L, lo alaba bajo el título de Apología de David. Tampoco creemos que se pueda encontrar a alguien que apruebe las alteraciones introducidas en el texto del autor por los editores de esa edición, o que no le desagrade la eliminación de las palabras que unían las partes de esta obra, que debe ser considerada como una sola. Por lo tanto, hemos restaurado todo según la fidelidad de los códices y ediciones antiguas, como hemos señalado al pie de las páginas.

Ambrosio pronunció las homilias que componen este tratado, como era su costumbre, en la Iglesia después de la lectura del Evangelio, como claramente indican las palabras: como se leyó hoy (Cap. 5, num. 20), que un hombre, siendo rico, se fue a una región lejana, etc. (Luc. XIX). Pero tampoco es menos evidente que esto ocurrió no mucho después del asesinato del emperador Graciano, cuando lamenta con estas palabras (Cap. 6, num. 27): ¡Qué gran devastación aún sufrimos, qué especie de funeral público de todo el mundo pagamos por la muerte del rey! etc. Claramente, el santo Obispo no podía hablar de esta manera sino sobre Graciano o Valentiniano el Joven, ya que en esos tiempos ningún otro emperador joven fue asesinado por la fuerza, excepto estos dos: pero las circunstancias allí referidas se ajustan perfectamente al violento fin de Graciano, y no tanto al de Valentiniano. Además, esta misma Apología se cita en los comentarios sobre el Evangelio según Lucas (En cap. 3), que

probablemente fueron escritos alrededor del año 385, y por lo tanto mucho antes de la muerte de Valentiniano. Por lo tanto, se debe concluir que este comentario fue publicado después de agosto del año 383, cuando Graciano fue asesinado, y antes del año 385, cuando se escribieron los mencionados comentarios, es decir, en el año 384, como parece más probable.

El Códice Thuaneus, escrito hace mil años, según indican los caracteres, y algunos otros de probada autenticidad, presentan esta misma obra con el título: Tratado de San Ambrosio sobre la Apología del profeta David a Teodosio Augusto. Pero tal vez alguien sospeche que las últimas palabras fueron añadidas por algunos ignorantes o audaces, ya que Teodosio el Grande, en el momento en que demostramos que se pronunciaron estos sermones, no pudo haber estado en Milán, ciudad a la que no llegó sino algunos años después, cuando triunfó sobre Máximo. Sin embargo, nada impide que el santo Prelado, a petición de Teodosio de alguno de sus libros, le haya entregado este mismo, aunque compuesto varios años antes, como el más adecuado debido a la dignidad real de la persona de la que trata; o incluso que él mismo, por su propia iniciativa, haya considerado enviárselo al mismo príncipe, tal vez después de la masacre de los tesalonicenses, por la cual le impuso una satisfacción pública, para fortalecerlo en el propósito de penitencia. De hecho, entre las muchas cosas excelentemente dichas que se encuentran en este tratado, también se pueden observar algunas que parecen apuntar en esa dirección. Ambrosio pudo haber añadido estas cosas a su escrito antes de enviarlo al emperador. Si es así, podemos afirmar que esta obra nos ha llegado perfeccionada y revisada con el último cuidado del Autor.

APOLOGÍA DEL PROFETA DAVID DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, A TEODOSIO AUGUSTO. (C)

CAPÍTULO PRIMERO.

Por qué Ambrosio se propone escribir la apología de David. Se presenta la historia del hecho. Luego se muestra que no debe ser juzgado quien ha sido justificado por Dios: al contrario, incluso debe ser alabado por no haber pecado más en su gran poder.

1. Hemos emprendido con el presente estilo escribir la apología del profeta David, no porque él necesite este servicio, ya que brilló con tantos méritos y floreció en virtudes; sino porque muchos, al leer la serie de sus gestas, sin comprender la fuerza de las Escrituras ni los misterios ocultos, se maravillan de cómo un profeta tan grande no evitó primero el contagio del adulterio y luego el del homicidio.

2. Por eso nos propusimos revisar la historia misma, que parece haber estado abierta al pecado. Pues leemos en el segundo libro de los Reyes (II Reg. XI, 2 y sig.) que David, paseando por su casa real, vio a una mujer bañándose (y su nombre era Betsabé), de gran belleza y gracia, hermosa de rostro y de aspecto muy atractivo, por cuyas seducciones se sintió atraído a desear poseerla. Sin embargo, la mujer estaba casada, y su esposo se llamaba Urías, a quien se le preparó una escena de muerte por mandato real. Pues aunque su vida no era un impedimento para la pasión, sí lo era en gran medida para la vergüenza del adulterio.

3. Así que, para comenzar por lo más sencillo, no juzgues a quien Dios ha justificado. Para mí es de poca importancia, dice Pablo, ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano: pero ni siquiera me juzgo a mí mismo (I Cor. IV, 3). Y aún estaba en el cuerpo, aún sujeto a la tentación: pero por eso no se juzgaba a sí mismo, porque el espiritual no es juzgado por nadie, sino solo por Dios. Finalmente, añadió: Quien me juzga es el Señor. Así que no juzguéis nada antes de tiempo (Ibid., 4 y 5). Pero David ya ha cumplido su tiempo, ha

merecido la gracia y ha sido justificado por Cristo; ya que el mismo Señor se complacía en ser llamado hijo de David, y quienes lo confesaban así, eran iluminados. ¿Por qué llamas a juicio al hombre de Dios que ya ha recibido su recompensa? El Señor ya ha juzgado sobre él, de quien dijo a Salomón: Si andas en mi presencia, como anduvo David tu padre en santidad de corazón y justicia, para hacer según todo lo que te mandé (III Reg. IX, 4). ¿Es digno de juicio o de recompensa quien hizo según todos los mandamientos celestiales, andando en santidad y justicia de corazón? Donde los vicios y pecados de otros se ocultan, allí David recibió un testimonio divino de su virtud y gloria. Y discutimos ociosamente sobre su pecado, por cuyo mérito y gracia se revelaron los pecados de otros. Pues cuando Salomón ofendió por no haber guardado los mandamientos del Señor, y Dios dispuso dividir su reino en muchas partes, le dijo: Sin embargo, no lo haré en tus días por amor a David tu padre. Lo tomaré de la mano de tu hijo. Sin embargo, no tomaré todo el reino, le daré un cetro por amor a David mi siervo (III Reg. XI, 12 y 13). Justificando, pues, el Señor, ¿quién es el que juzga a un hombre tan grande? Lo que Dios ha purificado, no lo lloames común (Act. X, 15).

4. Sin embargo, salvando el juicio celestial, para que también honres tanto al profeta, entra en sus actos y costumbres. ¿No te maravillas del hombre, y lo juzgas igual a los ángeles, que pasó la mayor parte de su vida, incluso desde su juventud, en riquezas, honores, imperios, en muchas tentaciones, y solo una vez dio lugar al error, y a ese error al que incluso los ángeles del cielo, como recuerda la Escritura (Gen. VI, 2), fueron arrojados de su virtud y gracia? Ciertamente, se lee otro error suyo, que hizo contar al pueblo.

CAPÍTULO II.

David es alabado por la humildad de su confesión; y se presentan tres razones por las cuales es útil que el pecado se infiltre en los santos, y Dios lo permita.

5. Cada uno de nosotros, a cada hora, comete muchos errores, y sin embargo, cada uno del pueblo no considera necesario confesar su pecado. Aquel rey (De Poenit. dist. 3, cap. Aquel rey) tan grande y poderoso, no permitió que la conciencia de su delito permaneciera con él ni por un momento; sino que, con una confesión prematura y un dolor inmenso, devolvió su pecado al Señor. ¿A quién encuentras ahora fácilmente, honrado y rico, que si es acusado de alguna culpa, no se moleste? Pero él, claro en su poder real, probado por tantos oráculos divinos, cuando fue reprendido por un hombre privado por haber pecado gravemente, no se indignó ni se enfureció, sino que confesó y gimió por el dolor de la culpa. Finalmente, el dolor del afecto íntimo movió al Señor, para que Natán dijera: Porque te has arrepentido, el Señor ha trasladado tu pecado (II Reg. XII, 13). La prontitud del perdón, por lo tanto, declaró que la penitencia del rey fue profunda, que traspasó la ofensa de un error tan grande.

6. Otros hombres, cuando son reprendidos por los sacerdotes, agravan su pecado al querer negarlo o defenderlo; y allí su caída es mayor, donde se espera la corrección. Pero los santos del Señor (Ibid., § Los santos) que desean completar la buena lucha y correr la carrera de la salvación, si acaso caen como hombres más por la fragilidad de la naturaleza que por el deseo de pecar, se levantan más vigorosos para correr, reparando con el estímulo de la vergüenza mayores combates; de modo que no solo no se considera que la caída haya traído impedimento alguno, sino que incluso ha acumulado incentivos de velocidad. Por lo tanto, si no se interrumpe la carrera de los que corren, cuando algunos caen, no se interrumpe la contienda de los que luchan, sino que permanecen intactos los combates; incluso muchos, después de una o dos caídas, han vencido con mayor gracia: cuánto más los que han entrado en la lucha de la piedad no deben ser considerados por la ofensa de una sola caída, ya que es

bienaventurado quien puede repararse después de la caída; porque también después de la muerte, resucitar es un don de los bienaventurados.

7. También podemos comprender que el pecado es útil en otros aspectos, y que por la providencia del Señor, los santos han sido sorprendidos por el delito. Pues se nos proponen como ejemplo; y por eso se ha cuidado que también ellos caigan alguna vez. Porque si hubieran recorrido el camino de esta vida sin tropiezos entre tantos peligros de este mundo, nos habrían dado ocasión a los más débiles de pensar que eran de una naturaleza superior y divina; de modo que no podían recibir el pecado ni tener parte en la culpa. Esta opinión, sin duda, nos habría apartado de la imitación imposible, como ajenos a esa sustancia. Por lo tanto, la gracia de Dios los deja por un tiempo; para que su vida se convierta en disciplina para nuestra imitación; y así como tomamos de sus actos el magisterio de la inocencia, también tomamos el de la penitencia. Por lo tanto, cuando leo sus caídas, reconozco que también son partícipes de la debilidad: cuando creo que son partícipes, presumo que deben ser imitados.

8. También el apóstol Pablo (II Cor. XII, 7) advierte que el Señor Dios nuestro ha previsto que, para que el afecto humano no se enaltezca en los santos por la sublimidad de las revelaciones o por el continuo progreso de las obras, y no atribuyan a sí mismos, ni a su virtud, lo que les ha sido concedido por la operación divina. Por lo tanto, para que no cayeran en tal prejuicio y cayeran en el abismo de la perfidia, el Señor permitió que se infiltrara en ellos la culpa; para que también ellos comprendieran que necesitaban la ayuda divina, y reconocieran que debían buscar al guía de su salvación. Finalmente, Pablo testimonia que la debilidad le ha sido útil, diciendo el Señor a quien le rogaba que se apartara de él el agujijón de su carne: Te basta mi gracia: porque mi poder se perfecciona en la debilidad (Ibid., 9). Y con razón se gloria en las debilidades; pues sabía que la abundancia de poder ha hecho caer sin remedio a muchos santos. Cuánto más conveniente, pues, es haber dado lugar a una o dos reprobaciones, que haber atraído la ofensa perpetua de la divinidad.

CAPÍTULO III.

David fue expuesto a la tentación porque Dios quiere que sus atletas sean ejercitados en varios combates, y que sean ejemplo para nosotros: además, su adulterio se hizo en figura, lo que se declara con varias alegorías.

9. ¿Qué más añadiré de lo que podemos deducir del mismo uso del mundo, ya que muchos, cuando los hemos probado en algún oficio, los mismos, como industrioses y diligentes, queremos probarlos en otro cargo? ¿Cuántos atletas, cuando han prevalecido en este género de lucha, son llamados a otro tipo de combate! ¿Qué si el Señor Dios tuyo, cuando has dado alguna muestra de tu virtud, quiere probarte en otro género de virtudes? Permitió que el santo Job, corriendo sin tropiezos, fuera tentado por la muerte de sus hijos y las úlceras de todo su cuerpo: para probar también en esto su virtud, si ni las injurias ni las amarguras disminuían su devoción. ¿No está claro que también quiso probar al santo David, noble por su fe, excelentísimo en mansedumbre, fuerte en mano, cómo cubriría el vicio, cómo corregiría la caída; para enseñarnos cómo podemos cubrir el pecado cometido?

10. A menos que a alguien le parezca una causa vil que un profeta tan grande errara por nuestra corrección, cuando por la redención de todos Cristo asumió nuestras debilidades, quien se hizo pecado por nosotros, aunque no conoció pecado. Y se considera indigno, y no se cree verosímil, que David cayera en el oprobio de una sola caída por el provecho de la posteridad; cuando el mismo Señor se hizo por nosotros oprobio, como él mismo dice: Pero

yo soy gusano, y no hombre, oprobio de los hombres, y desprecio del pueblo (Sal. XXI, 7). Y en otro lugar: Y los oprobios de los que te reprochan cayeron sobre mí (Sal. LXVIII, 10). Por lo tanto, anticipó el misterio de la futura dispensación en sus siervos. Y los siervos, por supuesto, llevaron los pecados de su condición, por eso no pudieron ser también ellos exentos de pecado: pero el Señor asumió la carga ajena, por eso fue el único sin participación en los delitos.

11. En resumen, también por la enseñanza del Apóstol, hemos conocido que muchas cosas se hicieron en figura, que se realizaron en tiempos anteriores. Pues cuando dijo que los padres en el desierto, heridos por serpientes, no pudieron ser sanados de otra manera que Moisés suspendiendo una serpiente de bronce, al verla, se curaban las mordeduras letales y las infusiones venenosas nocivas, añadió: Pero estas cosas se hicieron en figura para ellos (I Cor. X, 6) para nuestra corrección. En figura, la serpiente de bronce como clavada en la cruz; porque se anunciaba al verdadero crucificado para el género humano, quien vaciaría los venenos de la serpiente diabólica, en figura maldito, pero en verdad quien borraría las maldiciones de todo el mundo. En otro lugar también, es decir, a los Gálatas, dice: Porque Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre (Gál. IV, 22). Y añadió: Pero el que era de la esclava, nació según la carne; pero el que era de la libre, por la promesa; lo cual es dicho por alegoría (Ibid., 23). ¿Qué es por alegoría, lo expuso claramente en lo siguiente, diciendo que esas dos generaciones, una de la esclava, otra de la libre, son dos Testamentos: uno del monte Sinaí que engendra para servidumbre, en el cual Moisés recibió la Ley del Señor: pero el otro de Jerusalén que es libre, que en Isaac engendró hijos, es decir, en la libertad de la gracia, no en la servidumbre de la letra. Porque a los siervos se les decreta el castigo, a los libres se les confiere la gracia. ¿No es en el tipo de doble pueblo que Jacob tomó dos esposas, de las cuales procreó una descendencia diversa? ¿Por qué se lee que el patriarca Judá deseó la concubina de su propia nuera después de la muerte de su hijo (Gen. XXXVIII, 16), de la cual nació un parto de gemelos, sino para que la figura precediera en ambos Testamentos de Jesús el Señor: de los cuales uno fue instituido en el tipo de su futura muerte, el otro en la verdad del Evangelio, que dos pueblos serían engendrados, de los cuales el posterior en el signo de la cruz cortarían toda la cerca y fortificación del pueblo anterior? Este es el pueblo primero en mano, posterior en nacimiento. O porque el mismo Señor Jesús, nacido de la Tribu de Judá, anticipó sus obras antes de nacer de la Virgen.

12. ¿Qué puedo decir de José, quien, atacado por sus hermanos, despojado de la túnica paterna, arrojado a un pozo y vendido como esclavo, mostró un claro indicio de la Encarnación del Señor? Porque él, amado por el Padre, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo: tomando forma de siervo, vino y se humilló hasta la muerte de cruz: con cuyo precio, comprado y vendido por sus hermanos, redimió al género humano. En cuyo tipo, David, el menor, elegido entre sus hermanos, ungido en el reino, solo en el peligro de una grave guerra, liberó al pueblo entero con un combate singular, triunfó en diez mil; de modo que las doncellas con panderos cantaban: Saúl triunfó en miles, David en diez mil (1 Sam. XVIII, 7). ¿Qué figura hay en esas jóvenes, sino las almas que entonan el salmo triunfal a Cristo? Engendró hijos, uno incestuoso, otro parricida; porque el pueblo incestuoso y parricida violaría la carne de su propio autor clavada en el madero de la cruz. Finalmente, en el tercer salmo se anticipa el título de Absalón y se profetiza la pasión del Señor.

13. ¿Qué puedo decir del santo Salomón, cuyas postrimerías no carecen de grave error, aunque el pueblo judío lo considera como venido en lugar de Cristo? ¿Y cuántos han sido llamados de vuelta por la ofensa de un grave error? Así, la culpa mayor fue más provechosa,

para que no se creyera que era más que un hombre, quien no careció de defecto humano. En él hubo, por tanto, una sabiduría envidiable y una culpa persuasiva que probara su humanidad.

14. ¿Qué impide, entonces, que se crea que Betsabé fue unida en figura al santo David, para significar la congregación de las naciones, que no estaba unida a Cristo por un legítimo matrimonio de fe, que, a través de ciertos vestíbulos transversales, entraría en su gracia más allá del precepto de la Ley, en la cual la sinceridad desnuda de la mente y la simplicidad abierta del lavacro, por el misterio justificante, trasladaría la mente del verdadero David y rey eterno, provocaría el amor? Con razón vino oculto, y quien engañara al príncipe del mundo, como a aquel Urías que se interpreta como mi luz, transformándose en ángel de luz. Vino, digo, a este mundo, y vino oculto, como un adúltero entró, para reclamar el derecho legítimo.

CAPÍTULO IV.

La penitencia de David, encomiada con algo más de amplitud, muestra claramente que nadie está libre de caída, mediante la introducción de los hombres más santos.

15. Hemos distinguido alegaciones válidas, según creemos, y hemos comprobado que el texto de esta historia fue en figura: ahora repitamos lo anterior, y como despojado de vestiduras espirituales, contemplemos el error. David pecó, como suelen los reyes: pero hizo penitencia, lloró, gimió, lo que no suelen hacer los reyes. Confesó su culpa, suplicó indulgencia, postrado en el suelo deploró su desgracia, ayunó, oró, transmitió el testimonio de su confesión a los siglos perpetuos con dolor divulgado. Lo que los privados se avergüenzan de hacer, el rey no se avergonzó de confesar. Los que están sujetos a las leyes, se atreven a negar su pecado, desprecian pedir indulgencia, que pedía quien no estaba sujeto a ninguna ley humana. Lo que pecó, es de la condición (De Poen. dist. 3, cap. Ille rex, § Quod peccavit): lo que suplicó, es de la corrección. La caída es común, pero la confesión es especial. Que la culpa haya ocurrido, es de la naturaleza: haberla lavado, es de la virtud. ¿Quién se gloria, dice, de tener un corazón puro (Prov. XX, 9)? Ni siquiera el infante de un día se declara puro según el testimonio de la Escritura (Job XIV, 5).

16. Dame a alguien sin caída de delito. Se lee que Sansón, el más fuerte de todos (Jueces XIV y ss.), quien incluso estranguló al león con sus propias manos; pero ojalá hubiera podido sofocar su amor. Incendió las cosechas de los filisteos, y él mismo ardió con la chispa de una mujer. Jefé regresó victorioso del enemigo: pero llevando los estandartes triunfales, fue vencido por su propio juramento, al pensar que la piedad de su hija que salió a su encuentro debía ser recompensada con parricidio. En primer lugar, ¿qué necesidad había de jurar tan fácilmente, y de prometer cosas inciertas por ciertas, cuyo resultado desconocía? Luego, ¿por qué devolver al Señor Dios votos tristes, para cumplirlos con funerales sangrientos?

17. Tampoco creo que deba callarse sobre los sacerdotes, para no parecer que disimulo nuestros delitos. Aarón, el sumo sacerdote (bajo cuya guía junto con Moisés, el pueblo hebreo cruzó el Mar Rojo a pie), solicitado por el pueblo para que les hiciera dioses a quienes adorar, pidió oro, lo arrojó al fuego, y se formó la cabeza de un becerro, al que se ofrecieron sacrificios. Con lo cual se evidenció que la codicia del oro es materia de perfidia, y que el afán de avaricia suele generar sacrilegios. Nuevamente, un sacerdote tan grande cayó en la ofensa con su hermana María. Pues mientras ambos criticaban a su hermano por haber tomado una esposa extranjera, de inmediato María se cubrió de la mancha de la carne leprosa.

18. En este lugar hubo una figura evidente del misterio, que aquel pueblo sacerdotal de los padres denigraría al pueblo hermano en tiempos posteriores, ignorando el sacramento de aquella etíope. Pues si lo hubiera conocido, no lo habría reprendido, lo cual concordaba con el antiguo misterio. Así, cuando el judío dice que el que ha creído de entre los gentiles es común, y quiere separarlo de la Ley, tiene lepra, que no podrá evadir, a menos que el reconocimiento de la ley espiritual le ayude a obtener el perdón.

19. Por tanto, también David, que sabía que era un hombre nacido para caer, pidió perdón: pero no desesperó de la misericordia del Señor.

CAPÍTULO V.

La parábola que Natán propuso a David, se expone; y se acomoda a Cristo y a la carne humana que asumió.

20. Tampoco parece que la parábola discrepe del misterio. ¿Quién es el rico, sino nuestro Señor Jesús, quien dijo de sí mismo, como se leyó hoy, que un hombre, siendo rico, se fue a una región lejana para recibir un reino y volver (Luc. XIX, 13). Y verdaderamente era rico en las riquezas de su majestad, y en la plenitud de su propia divinidad, a quien los ángeles y arcángeles, virtudes y potestades y principados, tronos y dominaciones, querubines y serafines servían con incansable obediencia. Pero, sin embargo, siendo rico, dejó noventa y nueve ovejas en los montes, y buscó una oveja que había quedado cansada. Esta, el príncipe de este mundo, empobrecido y pobre en comparación con aquel rico, la alimentaba como a una hija con sus propios alimentos. Con razón, pues, había desfallecido, cuya sustancia era el alimento del siglo. Esta oveja había errado en Adán, seducida por las insidias de la serpiente.

21. Y no era una mala oveja, que estaba llena del Verbo, como hija de la semana racional, y don del santo autor; sin embargo, no se alimentaba de cosas preciosas, sino de las humildes riquezas del pobre. En efecto, de su pan, dice, comía, y de su cáliz bebía, y en su seno dormía (2 Sam. XII, 3). No es buena comida la de los etíopes, ni es útil el cáliz dorado de Babilonia, que embriaga a las naciones: no es útil el sueño para los que duermen, es mejor vigilar. En efecto, todos los insensatos de corazón se turbaron, durmieron su sueño, y no encontraron nada. Por tanto, por la gracia de la hospitalidad, porque había recibido a un huésped, para ofrecerle banquetes, le quitó al pobre su oveja. Pues si de sus propios rebaños o manadas inmolará algún animal, no podría beneficiarnos, a quienes, si no lo hubiera inmolido, no nos habría redimido.

22. Por tanto, nuestras debilidades de fragilidad las asumió en su carne con un afecto hospitalario, para aliviarlas o más bien restaurarlas, ofreció su carne a aquella saludable pasión, para que también nos proporcionara el alimento de la vida eterna. Y bien dijo la Escritura cordero (Ibid.), porque era el parto de una Virgen. Bien se declara digno de muerte este rico por el juicio profético; porque también Caifás profetizó diciendo: Conviene que un hombre muera por el pueblo (Juan XI, 50). Solo el Señor Jesús fue elegido digno de tal muerte, con la cual quitaría el pecado del mundo. También añadió bellamente: Restituirá el cordero (2 Sam. XII, 6); porque resucitó su propia carne, devolvió aquella carne de integridad virginal. No es ocioso lo que dice: Restituirá en cuádruplo. Cuádruple es la resurrección de los muertos, como enseña el Apóstol diciendo: Se siembra en corrupción, resucita en incorrupción; se siembra en ignominia, resucita en gloria; se siembra en debilidad, resucita en poder; se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual (1 Cor. XV, 42 y ss.). Restituirá claramente en cuádruplo el cordero también de aquel modo en que ya puede el hombre decir: Si a alguien le he quitado algo, devuelvo el cuádruplo (Luc. XIX, 8). Convenientemente

también añadió: Porque no perdonó (2 Sam. XII, 6); porque Cristo no se perdonó a sí mismo, para socorrer a todos.

23. Por eso se dijo por el Señor Jesucristo a su siervo David, para declarar el misterio: Porque tú hiciste esto en secreto, y yo haré esta palabra ante todo Israel, y a la vista de este sol (2 Sam. XII, 12). Y al principio, sin conocer el sacramento, David se conmovió con indignación, pero no erró en el afecto. Pero después, cuando conoció el gran misterio, porque grande es el sacramento de Cristo y la Iglesia, viendo el perdón futuro de todos los pecados, previendo el resplandor de la gracia por el lavacro de la regeneración, y la infusión del Espíritu Santo, dijo seguro del perdón: He pecado contra el Señor; para que él también viniera a la compañía de aquellos a quienes la remisión de la culpa les llegaría. ¿Observas cómo deploró su propio pecado? ¿Quién, pues, se maravillará de que le haya sido perdonado?

CAPÍTULO VI.

Los buenos y los malos se diferencian en que a aquellos los pecados los siguen, a estos los preceden; y con qué obras David cubrió su pecado.

24. Ahora consideremos sus obras con las que pudo cubrir su pecado. Porque, ya que la fragilidad humana no puede estar sin pecado, hay que evitar que haya más pecados que obras de virtud. Lo cual expresó con gran fuerza de su sabiduría el santo Pablo diciendo: Los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediéndolos al juicio, a otros, en cambio, los siguen (1 Tim. V, 24), es decir, no se encuentra a nadie libre de culpa; uno tiene buenos méritos, tiene también vicios y pecados. Por tanto, todas nuestras cosas se pesan como en una balanza: si, pues, los pecados prevalecen sobre las buenas obras, preceden al juicio; porque los pecados se inclinan como hacia el abismo, se inclinan los que son manifiestos ya sea por su peso y amargura, o por su multitud. Pero a algunos, dice, también los siguen, es decir, a aquellos que se han comportado sobriamente, pero por la fragilidad de la condición han dado lugar alguna vez también al error, las buenas obras los preceden, los males los siguen. Estos son más honorables, pero sin embargo, hombres caídos en vicios y errores más leves. Por tanto, los justos son seguidos por los pecados, no los preceden; los injustos son precedidos por ellos. Prevalecen los pecados que se inclinan; pero si hay algunas obras rectas, las siguen, como si estuvieran preponderadas por un cierto juicio previo de los pecados que los preceden. De manera similar, las buenas obras son manifiestas. Brillan por la obra de las virtudes, y por el esplendor de los méritos; y las que se comportan de otra manera, no pueden ocultarse. Por tanto, tales no se cubren, no los oculta la caridad que cubre la multitud de los pecados, no los oculta la gracia de las buenas obras, no los oculta la multitud de las virtudes, sino que se muestran como desnudos y descubiertos. No hay quien diga en ellos: Protégeme bajo la sombra de tus alas (Sal. XVI, 8). Porque la cruz del Señor borra y oculta todos los errores.

25. ¿Quién, pues, cubrió y ocultó más que el santo David, quien en otro lugar dice: Y en la sombra de tus alas esperé, hasta que pase la iniquidad (Sal. LVI, 2); y amó tanto al Señor, que con excesiva caridad cubrió y ocultó todo pecado. Porque si el santo apóstol Pedro abolió su caída con la confesión de la caridad, y él, interrogado por el Señor diciéndole por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? (Juan XV, 16), para que a quien había negado tres veces, lo confesara tres veces, y así con un triple velo de amor ocultara la caída de la triple negación: si porque Pedro lloró una vez, obtuvo el perdón, cuánto más David, quien lavaba cada noche su lecho, y con lágrimas regaba su lecho; cuyas lágrimas eran su pan día y noche; quien comía ceniza como pan, y mezclaba su bebida con llanto. Porque si Jesús se compadece de quien se convierte y gime; si miró a Pedro, y él lloró: cuánto más quien lloró mucho tiempo, no se apartó de la presencia del Señor. Pedro negó, y no lloró, porque Jesús no lo había mirado;

negó por segunda vez, y no lloró, porque el Señor no lo había mirado; negó por tercera vez, Jesús lo miró, y de inmediato lloró, y lloró amargamente. Por eso David, quien siempre lloraba, decía: Mis ojos están siempre hacia el Señor (Sal. XXIV, 15). Quien siempre era visto por Cristo, decía: Mis ojos descendieron por las salidas de las aguas (Sal. CXVIII, 136).

26. Pero ya consideremos también sus hechos. ¿Quién no cubriría con la alabanza de tantas virtudes la envidia de un solo crimen? Elegido por el juicio divino, de inmediato probó que no era indigno de tan gran juicio. Salió a la batalla, y mientras los demás temblaban, él solo derribó al filisteo Goliat, terrible por la jactancia de sus palabras y la mole de su cuerpo inmenso, con fe y valor concurrentes. La fortaleza de uno se convirtió en la victoria de todos. Compárese, si se quiere, el crimen privado, y el triunfo de todos: la muerte de uno, y la vida de tantos pueblos que liberó de la muerte.

27. Vayamos a otros hechos. Sufría insidias del rey, buscaba extinguir su vida; pero por disposición divina entregado el rey en su poder, cuando todo estaba expuesto a la herida, los compañeros de David, dispuestos a herir, el santo se interpuso, y desvió la herida letal del cuerpo del que iba a perecer diciendo: No toquéis al unguento del Señor (1 Sam. XXIV, 7). Incluso vengó la muerte de su enemigo, lamentó con llanto suficiente su muerte, y diferió por mucho tiempo el imperio que sabía que debía serle conferido por Dios. Con lo cual enseñó a todos los hombres a no arrebatar el reino, aunque se deba; sino a esperar que se le confiera a su debido tiempo. ¡Ojalá los descendientes hubieran imitado a este hombre, no habríamos sufrido tantas amarguras de guerras! ¿Con qué grave devastación aún pagamos el asesinato de un rey, que se toma como una especie de parricidio público de todo el mundo? ¡Ay de los terribles castigos! De ahí que aún el enemigo bárbaro nos insulte, mientras las armas preparadas contra él se vuelven contra nosotros. Así cayeron las fuerzas públicas, así la virtud romana, rota por sus propios movimientos, envejeció, mientras se toma como parricidio público lo que se asume con la religión de la solicitud paterna. Y lo previó tanto, que cuando supo que su hijo Adonías usurpaba el reino y sembraba reuniones, no eligió al que deseaba arrebatarlo, sino al que esperaba.

28. Bailaba ante el arca del Señor el más poderoso de los reyes, y cuando fue reprendido por su propia esposa, porque se había desnudado ante las doncellas, respondió: Ante el Señor me desnudaré aún más, y seré vil ante tus ojos; para que sea honrado, dice, el Señor, quien me eligió en el reino en lugar de tu padre (2 Sam. VI, 21), enseñando que no se debe tener en cuenta la mirada del poder real, donde se rinde obediencia a la religión. Porque es honesto hacer por la religión, aunque sea incongruente con el poder.

29. Observa otro hecho memorable. Un hijo parricida había invadido violentamente el reino paterno, al principio el padre cedía a su furia, y evitaba el lugar de la batalla; para que así el impío se arrepintiera de su furia. Tampoco quiso participar en la guerra, rogó a los que iban a la batalla que perdonaran al hijo. Estaba seguro de la victoria, quien rogaba que perdonaran: ni era ajeno a la piedad, quien no pensaba que el hijo impío debía perecer. Lloró, y con gran luto deploró la muerte del parricida diciendo: Hijo mío Absalón, ¿quién me dará la muerte por ti, hijo mío Absalón? (2 Sam. XVIII, 33). Pensaba que debía ser vengado quien había muerto por la venganza de la piedad paterna.

30. ¡Cuán paciente de injuria y dolor! Cedía, como dije, a la furia de su hijo Absalón, rodeado a derecha e izquierda por valientes guerreros. Un hombre llamado Semei le maldecía, llamándolo sangriento, y hombre de sangre, y que con justo juicio del Señor había sido depuesto del reino: pero ni siquiera con tales injurias se conmovía; sin embargo, sus compañeros se conmovían. En efecto, uno de sus compañeros (Abisai era el nombre del

hombre) amenazó con que el precio de la injuria sería quitarle la cabeza: pero el rey, volviéndose a Abisai, dijo: ¿Qué tengo yo contigo, hijo de Sarvia? Por eso me maldice, porque el Señor le dijo que maldijera (2 Sam. XVI, 10). ¡Cuán moralmente enseñó que los tiempos de nuestras injurias o peligros, las pruebas de las tentaciones, y los exámenes de las pruebas son; y por eso no suelen ser infligidos sin juicio divino! El buen atleta se ejercita con injurias, se ejercita con trabajos y peligros, para que sea digno de que se le confiera la corona de justicia; y por eso deben soportarse pacientemente las cosas que se consideran adversas. En efecto, en otro lugar la Escritura divina te enseña esto, diciendo el justo: Si recibimos bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos los males? (Job II, 10).

31. Y añadió el santo Profeta diciendo: He aquí mi hijo que salió de mi vientre, busca mi vida. Si, pues, el jemineo me maldice, déjalo que maldiga; porque el Señor le dijo, para que vea mi humildad; y el Señor me recompensará por esta maldición (2 Sam. XVI, 11 y 12). ¡Oh profundidad de prudencia! ¡Oh insigne paciencia! ¡Oh gran invento para devorar la contumelia! ¿Te conmueves, dice, Abisai, porque un extraño me maldice, a quien el hijo busca con parricidio; el Señor le dijo que me maldijera. Pero el Señor no es maldiciente, ni se deleita en las contumelias.

32. Observa cómo cuida diligentemente cada cosa. No acusa al Señor como autor de la injuria; sino que más bien alaba que nos permita sufrir cosas menores, para que obtengamos el perdón de los mayores pecados. He aquí que la contumelia de las palabras alivió la desgracia del parricidio, absolvió al procaz, cuyas maldiciones son más útiles, que se otorgan con la recompensa divina. ¿Quién no compensará tal injuria consigo mismo; para que a quien el hombre ha ofendido, Dios lo consuele con la retribución de mejores cosas?

CAPÍTULO VII.

De las luchas de David contra los gigantes, y la libación del agua del lago de Belén; de las cuales y de otros hechos notables se concluye que su pecado fue cubierto: especialmente porque no lo cometió con afecto sangriento, y después prefirió entregarse a Dios que a los hombres; y también él mismo enseñó que su crimen le fue perdonado.

33. Consideremos también sus otros hechos. Luchó contra la progenie de los gigantes, cuando uno de ellos casi golpeó al rey que se movía en la batalla, pero el adversario pagó el precio de su osadía con la muerte recibida.

34. Al recibir el triunfo sobre la feroz nación vencida, nuevamente en el valle de los Titanes emprendió una guerra inmensa, no menos contra el enemigo que contra la naturaleza. Pues, sediento en medio de la batalla, no tenía qué beber: "¿Quién me dará de beber del agua del pozo que está en Belén junto a la puerta?" (II Sam. 23, 15). Pero entre el pozo y el santo David se interponía el enemigo, y en medio estaban los campamentos del ejército hostil. Tres hombres atravesaron la multitud de adversarios, llenaron agua del pozo que estaba en Belén y la ofrecieron al rey para beber; pero el rey no quiso beberla y la derramó al Señor. Era digno de tan gran ofrenda que lo que era un símbolo de viva valentía se convirtiera en un sacrificio de piedad. Y dijo con una sentencia digna del espíritu profético: "No me permita Dios hacer esto; que no beba yo la sangre de los hombres que fueron a riesgo de sus vidas" (II Sam. 23, 17). Venció, pues, a la naturaleza, al no beber estando sediento; y dio ejemplo de sí mismo para que todo el ejército aprendiera a soportar la sed. También ejercitó a sus súbditos en el deber de la valentía, para que incluso en peligro obedecieran voluntariamente al mandato real. Al no querer beber, demostró que había ordenado la prueba de los soldados no por

necesidad de la sed, sino por la gracia de probarlos; y también previó que ningún rey buscara el uso de beber a costa de peligros ajenos. Finalmente, imploró la herida de su piadosa conciencia, porque el agua buscada con la sangre de tantos hombres no podía tener la dulzura de beberse, ya que estaba marcada por el horror de la muerte propuesta.

35. Pero si deseas mirar más profundamente e inspeccionar el misterio, David no tenía sed del agua del pozo que está en Belén, sino que en espíritu preveía a Cristo nacido de la Virgen. Quería, pues, beber no el agua del río, sino la bebida de la gracia espiritual, es decir, no tenía sed del elemento de las aguas, sino de la sangre de Cristo. Por lo tanto, no bebió el agua ofrecida, sino que la derramó al Señor, significando que tenía sed del sacrificio de Cristo, no del flujo de la naturaleza: ese sacrificio en el que habría remisión de los pecados, tenía sed de esa fuente eterna, no de la que se buscaba con peligros ajenos, sino de la que alejaba los peligros ajenos.

36. ¿No creemos que con tantas obras tan admirables se cubrió la sangre de uno solo? Con razón la voz de la sangre de Abel el justo clamaba al Señor; porque el impío Caín no estaba cubierto por ninguna buena obra, porque era parricida, porque no confesaba su crimen, sino que lo negaba. David, en cambio, había matado a un hombre que no era culpable; pero lo había matado no impulsado por el afán de crueldad, sino para ocultar la vergüenza, cubrir la deshonra de la concupiscencia. No me atrevo a decir que fue oprimido por la fuerza del crimen (pues no fue oprimido, ya que sabía cómo podía levantarse de esa ruina del pecado), sin embargo, digo que fue inclinado por la fuerza de la tentación. Pues había dicho antes: "Pruébame, Señor, y tenta mi corazón; quema mis riñones y mi corazón" (Sal. 25, 2). Y en otro lugar: "Yo dije en mi abundancia, no seré movido para siempre" (Sal. 30, 7). Y: "Me has examinado con fuego, y no se halló iniquidad en mí" (Sal. 16, 3). El Señor quiso que estuviera sujeto a la tentación, para que no se arrogara algo por encima del hombre; pues la virtud se perfecciona en la debilidad. No lo hizo con afecto sangriento: nada menos puede atribuirse al santo Profeta, quien incluso al morir, con su última voz, exhortó a su hijo Salomón a que quitara de él la sangre inocente que había derramado su jefe del ejército, Joab, cuando Abner, aunque era líder del ejército contrario, fue atacado por insidias mientras trataba de hacer una alianza; a quien lloró, y caminando tras su luto, dejando las insignias del poder, cuidó de sus justas exequias. Con lo cual enseñó que incluso a los adversarios se debe guardar la fe prometida, y que también se debe honrar la valentía incluso en el enemigo. ¿No borró con su herencia de piedad tan benigna incluso la mancha de este error?

37. ¡Qué admirable es que, cuando se le ofrecieron tres condiciones para elegir la que quisiera, al haber ofendido al contar al pueblo, cuando se le propuso si prefería que hubiera hambre en la tierra durante tres años, o huir durante tres meses de sus enemigos que lo perseguían, o que hubiera muerte en la tierra durante tres días; eligió la tercera, prefiriendo caer en manos del Señor que en manos de los hombres! Pues el Señor pronto se compadecería y perdonaría. Así que dijo: "Estoy en gran angustia por estas tres cosas: pero prefiero caer en manos del Señor (porque grande es su misericordia) que caer en manos de los hombres" (II Sam. 24, 14). Con esta humildad, prudencia y mansedumbre, hizo, para usar las palabras de la Escritura, que el Señor se arrepintiera de su propia conmoción. Finalmente, así está escrito: "Porque el Señor se arrepintió del mal" (Jer. 16, 19).

38. ¡Qué admirable es también que, cuando el Ángel estaba hiriendo al pueblo, se ofreció diciendo: "¡Este rebaño, qué ha hecho! Que tu mano sea contra mí y contra la casa de mi padre" (II Sam. 24, 17). Con lo cual, inmediatamente fue juzgado digno del sacrificio, quien se consideraba indigno de la absolución. No es de extrañar que con tal ofrenda suya por el

pueblo, obtuviera el perdón de su pecado, cuando Moisés, ofreciéndose al Señor por el error del pueblo, también borró los pecados del pueblo.

39. ¿Cubrió, pues, sus pecados o no? Pero, ¿quién lo negará, cuando el mismo Profeta enseñó que se perdonan las iniquidades, se cubren los pecados, no se imputan por el Señor? Él mismo enseñó que su pecado fue perdonado, como está escrito: "Reconozco mi delito, y no oculté mi injusticia. Dije: Confesaré mi injusticia al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón" (Sal. 31, 5). Si dijo: "Confesaré", y mereció el perdón antes de confesar; cuánto más cuando confesó de sí mismo diciendo: "Reconozco mi iniquidad" (Sal. 50, 5), ¿se le perdonó todo pecado? Aunque especialmente sobre esto respondió el profeta Natán: "Y el Señor ha perdonado tu pecado" (II Sam. 12, 13).

40. Por lo tanto, mereció tanto el perdón de la iniquidad, como cubrió con caridad y cubrió sus pecados, y los cubrió con buenas obras. No se le imputó pecado, porque no hubo en él dolo de malicia, sino un desliz de error. Además, porque no fue un arrebatado de maldad, sino una sombra de misterio. Y sin embargo, confesó su delito, reconoció su iniquidad, vio el lavacro, y vio, y creyó. Amó mucho, para que con excesiva caridad pudiera cubrir cualquier error.

CAPÍTULO VIII.

¿Por qué el salmo 50 se antepone a otros compuestos sobre hechos anteriores; y qué misterios se comprenden en el número cincuenta? ¿Cómo el ejemplo de David enseña a hacer penitencia; y de cuántas maneras se limpia uno de la iniquidad?

41. Pero ya que se defiende él mismo, pues escribió el salmo cincuenta sobre esa historia. Y aunque añadió la historia de sus hechos anteriores, como la traición de Doeg el sirio, cuyo título está en el salmo cincuenta y uno, y de los zifeos, que parece estar comprendida en el título del salmo cincuenta y tres; esta historia que es posterior, la puso antes, aunque Doeg traicionó antes, o los zifeos, que el profeta David recibiera el reino. Pues huyendo del rey Saúl, aún erraba exiliado por diversos lugares secretos; pero a Betsabé la tomó cuando ya reinaba.

42. ¿Por qué, entonces, no concuerda el orden de los salmos con el orden de los hechos? Porque no quiso tanto que el orden coincidiera con el orden, como que el misterio coincidiera con los hechos; y por eso quiso adaptar el número de la remisión a esta historia. Pues el número cincuenta es el número de la remisión, como el mismo Señor nos enseñó en el Evangelio diciendo: "Había dos deudores de un prestamista; uno debía quinientos denarios, el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. ¿Quién, pues, lo amará más?" (Luc. 7, 41-42). Y en la Ley tienes (Lev. 25, 10 y ss.), que se llama jubileo el número de cincuenta años, muy celebrable, en el cual se cancelan las deudas, se confirman las libertades de los hebreos, las restituciones de las posesiones. Celebramos con alegría este número después de la pasión del Señor, con el perdón de toda culpa, cancelado también el documento de deuda, libres de todo vínculo; y recibimos la gracia del Espíritu Santo que viene sobre nosotros en el día de Pentecostés: cesan los ayunos, se alaba a Dios, se canta aleluya. Finalmente, también el padre de la joven que ha sufrido violencia, no estando desposada con nadie, recibirá cincuenta didracmas de plata; y ella permanecerá en matrimonio (Deut. 22, 29). Por lo tanto, en este número también los vicios se convierten en gracia. Gran salmo, en el que se nos enseña cómo debe hacerse la penitencia.

43. "Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia. Y según la multitud de tus misericordias borra mi iniquidad. Lávame mucho de mi injusticia, y límpiame de mi delito. Porque reconozco mi iniquidad: y mi delito está siempre ante mí. A ti solo he pecado, y he hecho el mal ante ti; para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado. He aquí que en iniquidades fui concebido; y en pecados me concibió mi madre" (Sal. 50, 3 y ss.). ¿Quién de nosotros, aunque confiese su delito, no pensará que debe ser más bien censurado que repetido? ¿Quién lo repetirá una segunda vez, o una tercera? Observa cuántos versos resuena el gran Profeta su pecado, cómo ningún verso está sin confesión del delito. Reunió todo a la vez, proclamando sus iniquidades e injusticia, uniendo los delitos a los pecados; y repitiéndolos a menudo, con razón pide gran misericordia; y no solo gran misericordia, sino también multitud de misericordias. ¿Qué pecado, pues, no lavará tal lamentación, qué culpa no limpiará tal súplica? Él, por un solo pecado, implora la multitud de misericordias: nosotros, por muchos pecados, apenas creemos que debemos suplicar su misericordia una vez. Luego leemos (Sal. 135, 11-12) que con su gran poder y su brazo excelso liberó a su pueblo de la tierra de Egipto, cuando lo condujo a través del Mar Rojo, en el cual hubo una figura del bautismo. Si, pues, hubo gran poder en la figura de los sacramentos, ¿cuánto más en la verdad de ellos hay gran misericordia? También se pide con razón la multitud de misericordias, donde hay multitud de pecadores.

44. "Lávame mucho de mi injusticia, y límpiame de mi delito" (Sal. 50, 4). No pide tanto ser lavado más veces, como ser lavado más plenamente, para poder eliminar la suciedad concebida. Sabía que según la Ley (Lev. 11 y 13) hay varios medios de purificación, pero ninguno pleno y perfecto. Por lo tanto, se apresura con toda su intención hacia aquel perfecto, en el cual se cumple toda justicia, que es el sacramento del bautismo, como el mismo Señor Jesús enseña. Pues cuando vino a Juan, dijo el Bautista: "Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?" (Mat. 3, 14). Respondió el Señor: "Deja ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia" (Mat. 3, 15). Pero después que Cristo fue bautizado, y el Espíritu Santo descendió sobre él como una paloma, y el Padre señaló al Hijo desde el cielo, toda justicia fue cumplida. Por eso el Profeta dice: "Lávame mucho de mi injusticia". Pues una gran suciedad y mancha no se quita con un pequeño, sino con un gran lavado.

45. Pero si alguien quiere entenderlo de otra manera, puede formar su entendimiento así; el divino sermón purifica, nuestra confesión purifica; aquel mientras se escucha, esta mientras se pronuncia; la buena intención purifica, la honesta operación purifica, también el uso de una buena conversación. Purificado por estas cosas, cada uno más fácilmente absorbe, y como que en sí mismo atrae el esplendor de la gracia espiritual. Finalmente, no con una sola infusión del vellón, el precioso jugo irradia de inmediato, sino que primero el vellón se tiñe con un jugo innoble; luego, con otros y otros jugos, su especie natural se lava frecuentemente, y a menudo se cambia de color; y así después se aplica una infección de lavado más pleno, para que el resplandor más verdadero y perfecto de la púrpura brille. Así como en la infección de la púrpura hay multitud de múrices, así en el lavado de la regeneración hay multitud de misericordias celestiales, para que se borre la iniquidad. Por lo tanto, quien es lavado mucho, es purificado de la injusticia y del delito, y abandona una cierta costumbre de pecar que se ha adherido a sus estudios y costumbres, y olvida su cualidad. Y bien se lava de la injusticia o iniquidad, que es mayor: se purifica también del delito que es menor.

CAPÍTULO IX.

Pocos reconocen sus pecados como David, más bien muchos se glorían de ellos; el sabio nunca olvida su delito; y ¿cuál es la fuerza de la conciencia? Hay una diferencia entre pecado e iniquidad: ¿cómo se borran aquellos con el bautismo y la penitencia unida a la caridad?

46. Por eso añadió: "Porque reconozco mi iniquidad; y mi delito está siempre ante mí" (Sal. 50, 5). No es poca cosa que cada uno reconozca su pecado. Por eso también dijo antes: "¿Quién entenderá los errores?" (Sal. 18, 13), es decir, ¿quién es tan grande que los entienda? Como aquello: "¿Quién habitará en tu tabernáculo, o quién ascenderá al monte del Señor?" (Sal. 14, 1). No ciertamente ninguno, sino raro. Pues quien puede reconocer, puede declinar, puede elegir qué seguir. Muchos se glorían en sus caídas, y piensan que son dignas de alabanza las cosas que son de crimen. Si ha mancillado el lecho ajeno, y ha conquistado el afecto de una mujer casta, si ha cambiado el propósito de una viuda con algún engaño: otro piensa que es virtud vivir del asesinato de un hombre, de las insidias del robo, y del botín: algunos consideran que engañar y defraudar es sabiduría. De estos, ninguno puede decir: "Porque reconozco mi iniquidad"; sino aquel que puede dolerse de lo que ha hecho, condenar lo que ha delinquido, a quien sus vicios propios le hieren. Por eso también el Profeta dice: "Lo que decís en vuestros corazones, y en vuestros lechos compungíos" (Sal. 4, 5). Muchos caballos, cuando han caído, suelen jactarse; y a quienes la caída no ha herido, se debilitan y rompen jactándose. Otros (como se dice que es la naturaleza de los caballos griegos) cuando han sido derribados en la carrera o han caído fortuitamente, no suelen moverse, y mantienen una cierta disciplina de quietud y paciencia. A estos, si la caída no les ha dañado, el descanso les beneficia; ciertamente no se agrava la ofensa. ¿No son peores que los animales mudos aquellos que se jactan en sus crímenes, y piensan que es un signo de virtud donde hay una caída de crimen? Por eso se dice al mudo jumento: "Has pecado, descansa" (Gen. 4, 7).

47. Por eso añadió bellamente: "Y mi delito está siempre ante mí". Pues el insensato se deleita en sus errores, y al oscurecer los antiguos con los nuevos, piensa que se ayuda a sí mismo con pecados; por eso se exalta en el crimen. Pero el sabio juzga que su delito está contra él, y como si fueran ejércitos hostiles, así considera que las caídas de sus culpas le resisten de manera adversa. Cualquiera cosa que suene, cualquier cosa que resuene, siempre le ocurre su propia culpa; cualquier cosa que se diga o se lea, piensa que se dice de él; cualquier cosa que mire, piensa que se le señala con un gesto, con los ojos. Si se banquetea, si piensa, si ora y suplica, siempre está ante sus ojos su propio error, y en todo momento la culpa golpea su conciencia, y no le permite descansar, ni olvidar, sino que como un severo censor se agita a sí mismo con un terror perpetuo. Por lo tanto, tiene todo en contra, quien se desagrade a sí mismo, él mismo es su acusador, él mismo es su testigo, y no encuentra dónde huir, quien se urge y se estimula a sí mismo. Pero esto es de buena mente, sentir la herida del pecado. Pues quienes están exentos de dolor, no sienten la amargura de la herida, lo cual es de una enfermedad incurable: pero quienes son punzados por algún dolor, así como no carecen del sentido del dolor, tampoco carecen del progreso de la salud. Pues donde hay sentido del dolor, allí también hay sentido de vida; sentir es de vigor y don vital. Por eso, quien no reconoce su error, está loco, furioso, insensato; pero quien lo reconoce, ciertamente recobra el sentido, no rechaza los remedios de la salud, sino que se restringe a sí mismo, se arrepiente de la culpa, siempre piensa en ella, y pensando se condena a sí mismo. Pues el justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso. Quien se acusa a sí mismo, es justo; quien es justo, es sobrio, es sano. El justo no sabe favorecerse a sí mismo, no sabe inclinar el rigor del juicio incluso sobre sí mismo, teme la memoria de su propia caída, y se avergüenza del error cometido, teme, teme, teme toda su memoria, se juzga a sí mismo severamente, huye de sí mismo como árbitro, y no se atreve a confiarse a sí mismo; porque no cree que haya nadie más grave para él que aquel a quien no puede ocultarse, no puede engañar, no puede huir y evitar, sino que se niega a sí mismo y toma la cruz del Señor.

48. Gran es la fuerza de la conciencia culpable, grandes son los castigos. Adán y Eva temían; y cuando oyeron la voz del Señor caminando en el paraíso, deseaban esconderse, aunque

nadie los buscaba. También Caín temía, no fuera que cualquiera que lo encontrara lo matara: así llevaba en sí mismo la sentencia de que era digno de que nadie le perdonara. Por eso dice bien: "Y mi delito está siempre ante mí", es decir, sin ningún intervalo, la memoria y la misma imagen de mi error me atacan. Considera cómo nos confunde cuando hemos delinquido, cómo asalta los ojos, cómo siempre vuelve a la memoria. Quien se avergüenza de lo cometido, no sabe después cometer algo similar de lo que se avergüence de la misma manera.

49. Pero la iniquidad precede, el pecado sigue. La iniquidad es la raíz, el fruto de la raíz es la culpa. Por eso parece que la iniquidad se refiere a la maldad de la mente, el pecado a la caída del cuerpo. La iniquidad es más grave como materia de los pecados, el pecado es más leve. Por lo tanto, la iniquidad se perdona por el lavacro, el pecado se cubre con buenas obras, y como que se oculta con otras obras. Por eso bien dice aquí mismo: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos" (Sal. 31, 1). Pues la caridad esconde el error, y cubre la multitud de pecados. También mucha caridad perdona incluso los mismos pecados, como está escrito de la mujer que derramó unguento sobre el Señor: "Se le perdonaron muchos pecados, porque amó mucho" (Luc. 7, 47).

50. También hay quienes interpretan que el primer versículo se refiere al bautismo y el segundo a la penitencia. Por esta razón, Pedro, quien había sido bautizado antes, es interrogado después de haber negado al Señor: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Él le respondió: "Sí, Señor, tú sabes que te amo" (Juan 21, 15 y ss.). Y nuevamente se le pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Y él responde otra vez: "Tú sabes que te amo". Y por tercera vez se le pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Y se entristeció porque le dijo por tercera vez: "¿Me amas?" Y le dijo: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo". Y se le dijo tres veces: "Apacienta mis ovejas; sígueme" (Ibid., 18), como si hubiera cubierto su pecado con un amor excesivo. No es en vano que, después de confesar su gran amor, se le ordene gobernar al pueblo, quien, incluso perturbado, no había perdido la capacidad de gobernarse a sí mismo. Decimos esto por la gracia del amor, ya que cubre el pecado. Finalmente, algunos dijeron que la triple pregunta sobre el amor se hizo porque hubo una triple negación, para que la confesión repetida del amor borrara la caída de la triple negación.

CAPÍTULO X.

David, aunque libre según las leyes humanas, se sometió a Dios, a quien solo pecó; ¿y de cuántas maneras se puede entender esto último? Gran crimen es pecar en presencia de Dios. Quien niega ser pecador acusa a Dios de mentir, cuya paciencia y moderación se alaban. Además, Dios es justificado por aquel que se arrepiente de su error.

51. Sigue: "A ti solo he pecado" (Salmo 50, 6). Era rey, ciertamente, no estaba sujeto a ninguna ley, porque los reyes están libres de las cadenas de los delitos; pues no son llamados a rendir cuentas por ninguna ley, protegidos bajo el poder del imperio. Por lo tanto, no pecó contra el hombre, a quien no estaba obligado. Pero aunque estaba seguro por el imperio, por devoción y fe estaba sometido a Dios: y reconociendo que estaba sujeto a su ley, no podía negar su pecado; sino que, como culpable, lo confesaba con amargura, sabiendo que estaba atado por mayores cadenas, porque debía más; ya que se exige más de aquel a quien se le ha confiado más. También podemos entenderlo de esta manera. ¿Quién me juzga, si todos están bajo pecado? Finalmente, el Señor sobre aquella adúltera: "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra" (Juan 8, 7). Y nadie la apedreó. Por lo tanto, dice el Profeta: "A ti solo he pecado, que solo tú estás sin pecado". Pero quien está sujeto al pecado no puede juzgar como

si no fuera pecador. Porque es inexcusable todo hombre que condena en otro lo que él mismo hace; pues en lo que juzga a otro, se condena a sí mismo. "A ti", dice, "he pecado, y he hecho lo malo ante ti; para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado" (Salmo 50, 6). A ti he pecado, que me has llamado al estudio de la virtud, que me has instruido en tu ley. A ti solo he pecado, a quien solo no engañan los pensamientos ocultos y los secretos de la mente.

52. "Y he hecho lo malo ante ti", a quien solo conviene la santificación. Rechazamos el testimonio del hombre, y en tu presencia cometemos lo que es indigno. Es una injuria para el hombre presenciar las vilezas. Sabemos que Dios es el juez de todo, y con él como testigo, pecamos: y sin embargo, en esto se justifica más nuestro Señor Dios; porque nuestra injusticia alaba la justicia de Dios, y nuestra mentira celebra la verdad de Dios. Porque Dios es veraz, y todo hombre es mentiroso.

53. "Para que seas justificado en tus palabras". Las palabras de Dios están llenas de verdad y justicia, y por eso son verdaderas todas las cosas que el Señor ha dicho sobre la fragilidad humana, porque su corazón está inclinado al mal, propenso al engaño; y porque ha determinado que no hay hombre que no peque: "todos se han desviado, y se han hecho inútiles" (Salmo 13, 3). Por eso vence cuando es juzgado, porque con la caída de todos ha probado todo lo que ha juzgado sobre nuestra falsedad. Por lo tanto, si decimos que hemos cometido iniquidad, justificamos a Dios en sus palabras: pero si decimos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso: pero es imposible que él mienta: por lo tanto, es evidente que todos estamos bajo pecado.

54. ¿Cuán grande es el crimen de que el hombre niegue ser pecador? Porque, en cuanto depende de él, parece acusar y refutar de mentira al Dios supremo, quien es tan moderado y paciente que vence cuando es juzgado. Porque Dios viene al juicio y dice: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he contristado, o en qué te he molestado? Porque te saqué de la tierra de Egipto, y te liberé de la casa de servidumbre, y envié delante de ti a Moisés, Aarón y María. Pueblo mío, recuerda lo que Balac pensó de ti" (Miqueas 6, 3 y ss.). Coloca uno a uno sus beneficios ante ti, para que juzgues como si debieras guardar estas cosas, para que seas más culpable, si no puedes permanecer en los beneficios divinos. "¿Qué te he hecho?", dice, como si se constituyera culpable, y a ti juez. "¿O en qué te he contristado?" No niega el crimen de un rostro ofendido, si tú estás contristado con Dios como autor. "¿O en qué te he molestado?" Confiesa la injuria de la interpelación, si se estima más molesto: añadió los beneficios por cuya gracia no se avergonzó, quien resultó ingrato. En este caso también considera cómo el Señor se ofreció a sí mismo para ser juzgado por David, para que venciera; porque dice Natán: "Así dice el Señor Dios de Israel: Yo te ungué como rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl, y te di todo lo que era de tu señor, y puse en tu seno a sus esposas, y te di su casa de Israel; y si es poco, te añadiré más. ¿Y por qué has despreciado al Señor, para hacer lo malo ante sus ojos?" (2 Samuel 12, 7 y ss.). Convencido por esta rememoración, al ver que era inferior cuando juzgaba, dijo: "He pecado contra el Señor" (Ibid., 13). Así justificó al Señor, quien no se atrevió a negar su pecado.

55. También podemos entenderlo así: justifica al Señor quien confiesa su pecado. Finalmente, en el Evangelio (Lucas 7, 29) tienes que los publicanos justificaron a Dios, bautizados con el bautismo de Juan. Juan el Bautista realizó un bautismo de penitencia. Pero quien hace penitencia no niega sus delitos. Por lo tanto, porque David tenía siempre su delito ante él, ciertamente no negaba lo que también le avergonzaba, no negaba lo que también reconocía. Y al no negarlo, ciertamente hacía penitencia del error cometido; y así, confesando su delito, justificaba al Señor, y él mismo era justificado por el Señor. Porque el Señor es justificado

cuando se proclama su justicia, y se le pide perdón. Al mismo tiempo, él justifica al que confiesa, y es justificado en sus palabras, como está escrito: "Declara tus iniquidades, para que seas justificado" (Isaías 43, 26).

CAPÍTULO XI.

Enseñanza de las palabras del profeta de que no hay nadie que no sea concebido en iniquidad. ¿Es esta iniquidad de los padres o de la prole, de la cual solo Cristo se mostró inmune?

56. Sigue: "He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre" (Salmo 50, 7). ¿Quién hace penitencia con tanto fervor? Postrado en el suelo, derramado en lágrimas, no probó alimento, se abstuvo del baño. ¿Qué más diré, que se abstuvo del ornato y del arreglo regio? Añadió la confesión de su iniquidad, y la transmitió para ser cantada en todo el mundo por los siglos. "He aquí", dice, "que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre. Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. No me echés de tu presencia, y no quites de mí tu Espíritu Santo. Librame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación". Antes de nacer, somos manchados por el contagio; y antes de disfrutar de la luz, recibimos la injuria de nuestra misma origen, somos concebidos en iniquidad: no expresó si de los padres o nuestra. Y en pecados nos concibe nuestra madre: tampoco aquí declaró si en sus pecados nos concibe la madre; o si ya hay algunos pecados del que nace. Pero considera si no debe entenderse ambos. Ni la concepción está exenta de iniquidad, ya que los padres no están libres de caída. Y si ni siquiera el infante de un día está sin pecado, mucho menos los días de la concepción materna están sin pecado. Por lo tanto, somos concebidos en el pecado de los padres, y nacemos en sus delitos. Pero también el mismo parto tiene sus contagios, y la misma naturaleza no tiene solo un contagio. El matrimonio es bueno, la unión es santa; pero sin embargo, los que tienen esposas deben ser como si no las tuvieran. El lecho es inmaculado: y nadie debe defraudar al otro de él, salvo quizás por un tiempo, para dedicarse a la oración. Sin embargo, según el Apóstol, nadie se dedica a la oración en el tiempo en que ejerce el uso de esa unión corporal, y el paño de la mujer menstruante está manchado, y no puede ofrecer sacrificio en esos días de su purificación. Y los días del parto de la mujer que ha dado a luz y muchos otros están exentos de sacrificio, hasta que la madre sea purificada por el rito legítimo.

57. Por eso, en quien el Señor quiso que no hubiera tales contagios de origen, le dice el Señor: "Antes de formarte en el vientre de tu madre, te conocí; y antes de que salieras del vientre, te santifiqué, y te puse como profeta en las naciones" (Jeremías 1, 5). ¿Quién es tan grande, a quien se le han otorgado cosas tan grandes? ¿Acaso Jeremías? Pero él no fue propuesto como profeta en las naciones, sino en Judea en ese tiempo, aunque ahora también en las naciones que han creído en Jesucristo el Señor. Sin embargo, considera si se dice a aquel que, antes de nacer de la Virgen, ya existía desde hace mucho tiempo, y siempre existía, y obraba incluso estando en el vientre de María; y era tan santo que santificaba a sus profetas: en quien solo la concepción virginal y el parto fueron sin ninguna contaminación de origen mortal. Porque era digno que quien no iba a tener en su cuerpo el pecado de la caída, no sintiera ningún contagio natural de la generación. Por eso David lamentó en sí mismo los mismos contaminantes de la naturaleza, que la mancha comenzara en el hombre antes que la vida.

CAPÍTULO XII.

Al que confiesa su pecado, los sacramentos celestiales se le revelan divinamente: cuando estas cosas se dicen inciertas en el salmo, se significa que no son manifiestas; pero especialmente en este lugar se prefigura el lavacro del bautismo.

58. Mientras dice estas cosas, y confiesa la inmundicia de sus pecados especiales y comunes, de repente le resplandece el esplendor de la verdad y el candor de la gracia espiritual. Habiendo superado la sombra, con espíritu profético vio los mismos sacramentos de los misterios celestiales, cuyo tipo Moisés prefiguró en la Ley (Éxodo 24, 7 y ss.). Herido por la herida del amor, y capturado por el deseo de indagar la verdad, extendió su mirada a las alturas de su mente, y mirando hacia el futuro, vio los tesoros de la sabiduría y el conocimiento en Cristo, previó el sacramento del bautismo, y maravillado por la gracia exclamó de repente diciendo: "He aquí que has amado la verdad: me has manifestado las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría" (Salmo 50, 8). No son inciertos los misterios, porque son ciertos; ni son inciertos los secretos y arcanos de la sabiduría, sino no manifiestos. Esto significa que aún no se habían manifestado a nadie. Porque lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, eso ha preparado Dios para los que le aman. Viéndolos, dice: He aquí que ya no en sombra, ni en figura, ni en tipo, sino en verdad la luz abierta resplandece: he aquí que ahora veo la verdad, reconozco el esplendor de la verdad: ahora te venero, Señor Dios nuestro, con mayor afecto. "He aquí que has amado la verdad", no a través de un espejo, no en enigma, sino que te has mostrado a mí, Cristo, cara a cara; te encuentro en tus sacramentos. Estos son los verdaderos sacramentos de tu sabiduría, con los cuales se purifican los secretos de la mente.

59. Así que ya alegre y seguro, porque le ha brillado la plenitud de la sabiduría, dice al Señor: "Rociame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve" (Salmo 50, 9). Bien no evacua los sacramentos del Antiguo Testamento, y enseña que los misterios evangélicos deben ser preferidos; pide ser purificado con hisopo según la Ley (Éxodo 12, 22); desea ser lavado según el Evangelio; y se considera que será blanqueado más que la nieve si es lavado. Con un manojito de hisopo se rociaba con la sangre del cordero (Levítico 14, 6), quien deseaba ser purificado con el bautismo típico. Pero es lavado quien es purificado por el riego de la fuente eterna; y es blanqueado más que la nieve, a quien se le perdona la culpa. Finalmente, de la misma alma se dice: "¿Quién es esta que sube blanqueada?" (Cantar de los Cantares 8, 5). Antes de ser bautizada, es la misma que decía: "Soy negra y hermosa, hijas de Jerusalén" (Cantar de los Cantares 1, 4). Porque era negra, tenebrosa, deforme por el horror de los pecados; pero después de ser lavada por el bautismo, mereció el perdón de los delitos, subió blanqueada a Cristo. Por eso también el Señor habló por medio de Isaías diciendo: "Si vuestros pecados fueran como el carmesí, los haré blancos como la nieve" (Isaías 1, 18), es decir, si son sangrientos, si son oscuros, los limpiaré. Esta es la nieve inteligible, de la cual se dice que las vestiduras del Señor Jesús en el Evangelio resplandecieron como la nieve (Mateo 17, 2); porque no conoció pecado. Porque la carne con la que se revistió estaba libre de todo delito. ¿Por qué te maravillas si vio los sacramentos del bautismo; cuando antes dijo, al describir la pasión del Señor: "El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugar verde allí me ha colocado, me ha conducido junto a aguas de reposo" (Salmo 22, 2). Y en otro lugar: "La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la majestad ha tronado" (Salmo 28, 3). Y sobre el mismo sacramento dijo más plenamente: "Preparaste una mesa ante mí, ungiste mi cabeza con aceite, y tu copa embriagante, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo 22, 5).

CAPÍTULO XIII.

David, recreado solo por el oído de la futura remisión, predice que los huesos humillados exultarán; ¿y cuáles son estos? Rogar a Dios que aparte su rostro de nuestros pecados, pero

que lo vuelva hacia nosotros; también como el pecado, así la iniquidad que es su origen, se elimina de tres maneras, que se explican.

60. Por eso, exultante, dice: "Me darás gozo y alegría al oído: y exultarán los huesos humillados" (Salmo 50, 10). Has probado, Señor Jesús, que tus palabras nunca pasan (Mateo 24, 35). Has probado aquello del Evangelio que dijiste: "Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y oír lo que oís" (Mateo 13, 17). He aquí que David se alegra solo con el oído, porque habría remisión de pecados; y profetiza que exultarán los huesos humillados. Así como todos los huesos del justo dirán: "Señor, ¿quién como tú?"; así exultarán los huesos humillados (Salmo 34, 10), del que humilla su alma el justo. Por lo tanto, se llaman huesos a las virtudes; se llaman huesos como ciertos movimientos del alma, o del ánimo, que se humillan por los pecados, y exultan por el don de la gracia celestial: también se llaman huesos al pueblo de las Iglesias; de donde tienes dicho en el salmo: "No fue oculto mi hueso, que hiciste en lo oculto" (Salmo 138, 15). Llamó a su hueso a la Iglesia, y a las sagradas asambleas del pueblo devoto; porque somos miembros del cuerpo de Cristo de su carne, y de sus huesos. Por lo tanto, dice que la Iglesia del Señor conocerá todas las obras divinas, y recibirá la fe de la resurrección.

61. Sigue: "Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades" (Salmo 50, 11). Es una súplica habitual pedir a aquellos a quienes hemos ofendido que olviden nuestra ofensa. Moralmente, por lo tanto, el Profeta ruega a Dios que aparte su rostro de sus pecados, y que asuma como olvido de sus pecados. Pero como todo lo ve, y nada se le escapa, no puede olvidar, como nosotros, a quienes en breve intervalo de tiempo se nos escapa la memoria de lo que hemos conocido. Por eso bien dice que aparte su rostro, no de él, para que no desfallezca desamparado: sino de los pecados, para que no puedan tener fuerza sus pecados. Porque a quienes el Señor mira, ilumina, y en el rostro del Señor está la piedad y la indulgencia. Por eso aquí mismo dice: "De tu rostro salga mi juicio" (Salmo 16, 2), porque del rostro del Señor procede el perdón, no el castigo. Por lo tanto, se debe rogar para que nos mire, pero aparte su rostro de nuestros pecados, para que los borre. Porque lo que no mira, lo borra; y lo que borra, se sepulta en el olvido, como el mismo Señor dice: "Yo soy, yo soy quien borra tus iniquidades, y no me acordaré: pero tú recuerda, y juzguemos" (Isaías 43, 25).

62. El pecado se perdona, se borra o se cubre: se perdona por la gracia, se borra por la sangre de la cruz, se cubre por la caridad. De manera similar, la iniquidad, que se estima como la disposición de una mente injusta. Aunque Juan en su epístola dijo que quien comete pecado, también comete iniquidad, como tenemos escrito: "Todo el que comete pecado, también comete iniquidad" (1 Juan 3, 4), el pecado es iniquidad, porque en el mismo pecado hay iniquidad; sin embargo, como nos parece, el pecado es la obra de la iniquidad, pero la iniquidad es la operadora de la culpa y el delito. Es más, por lo tanto, que la misma iniquidad sea borrada, que se arranque de raíz y se elimine la semilla de los pecados; que se elimine la mala raíz, para que no produzca malos frutos; que se abole todo afecto de error, que se eliminen todos los géneros de iniquidades.

63. Así como la disciplina de la sabiduría al entrar en el alma elimina la imprudencia, y el conocimiento la ignorancia, así la virtud perfecta borra la iniquidad, y el perdón de los pecados elimina todo pecado. Por eso el Apóstol dice excelentemente: "Porque el Señor Jesús nos perdonó los pecados, borrando el documento de deuda que nos era contrario, y lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz" (Colosenses II, 14). Borró con su sangre la tinta de Eva, borró la obligación de la herencia culpable. Por lo tanto, la fe disminuye el pecado. Y por eso el Señor, al perdonar los pecados, decía: "Hágase contigo según tu fe" (Mateo VIII, 13).

CAPÍTULO XIV.

El corazón puro solo está en los renovados; y aquí, ¿cuáles son las entrañas, cuál es el espíritu, de los que el santo Profeta hace mención en este lugar? El rostro vuelto del Señor es un lugar de grave castigo; y ¿cómo el mismo expulsa de su presencia? ¿Quiénes están sujetos a este castigo atroz? Después de lo cual se menciona algo sobre la libertad y unidad de voluntad en la Trinidad.

64. Sigue: "Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto en mis entrañas" (Salmo L, 12). Anteriormente pedía ser purificado de los ocultos (Salmo XVIII, 13); aquí pide que se le cree un corazón puro, lo cual le sucede a quien es renovado en espíritu: en el hombre nuevo el corazón es puro, en el cual ha sido borrada la suciedad de los antiguos delitos, y no queda inscrita ninguna imagen de iniquidad. Es un gran don tener un corazón puro. Por eso Salomón dice bellamente: "¿Quién se gloriará de tener un corazón casto?" (Proverbios XX, 9). Y el Señor en el Evangelio: "Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). También el Profeta David deseaba tener un corazón puro, para no ser arrojado de la presencia del Señor.

65. En aquel en quien el corazón es puro, el espíritu se renueva en sus interiores. Las entrañas son como los interiores del cuerpo: así son también las entrañas inteligibles del alma, como son las entrañas de misericordia (Colosenses III, 12), como son los interiores que bendicen al Señor, de los cuales dice: "Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior su santo nombre" (Salmo CII, 1). Las entrañas del alma son las invenciones de los sentidos, los estudios de buena reflexión, la perseverancia en las virtudes, finalmente aquellas que en griego se llaman εὐνομίαι.

66. El espíritu recto es el que dirige bien, el que conduce por el camino recto, este es el espíritu de verdad; o ciertamente la conciencia recta del hombre no inclinada por pecados, o el espíritu que está en el hombre. No hemos omitido lo que otros piensan; sin embargo, nos parece que, dado que la lectura habla de misterios, y se expresa la gracia de la futura renovación, se pide la infusión del Espíritu Santo.

67. Luego sigue: "No me arrojes de tu presencia; y no quites de mí tu Espíritu Santo" (Salmo L, 13). Si alguno de nuestros siervos nos ofende, solemos apartar de él el rostro. Muchos de los ricos acostumbran a desterrar a sus esclavos, y relegarlos a pequeñas propiedades, y este castigo se considera más grave. Finalmente, suelen preferir ofrecerse a los azotes. Si entre los hombres esto se considera grave, cuánto más ante el Señor nuestro Dios. Como si de aquí no hubiera surgido el dolor parricida (que debería ser reprimido, si alguna piedad pudiera moderarlo), porque Dios apartó su rostro de las ofrendas de Caín; pero miró con agrado las ofrendas de Abel. Así, con su rostro silencioso, declaró a uno inocente y al otro pecador. Por lo tanto, como un último siervo se humilla; y como sorprendido en pecado, y culpable de ofensa, suplica ser azotado más bien que ser arrojado de la presencia del Señor.

68. ¿Cómo arroja Dios de su presencia? Escucha al que dice: "Llévalo a las tinieblas exteriores, allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mateo XXII, 13). Quien no se corrige, es puesto en tinieblas lejos de su presencia. Por eso el justo, para no sufrir las tinieblas, dice: "Tu rostro, Señor, buscaré" (Salmo XXVI, 8). Donde está el rostro del Señor, allí hay luz, como está escrito: "Ilumina tu rostro sobre tu siervo" (Salmo CXVIII, 35). Finalmente, cuando primero miró a Pedro, lo iluminó.

69. Grande, por tanto, es el castigo de ser arrojado de la presencia de Dios. Fue arrojado Adán cuando salió del paraíso, y no sin razón; pues él mismo se había escondido antes de la presencia de Dios. También Caín salió de la presencia de Dios, no solo después de cometer el parricidio; sino también después de pensar que podía engañar a Dios, negando su crimen. Por lo tanto, el pecador es excluido de la presencia de Dios: pero el justo dice: "Aquí estoy" (Isaías VI, 8). Finalmente, el mismo David, al ver que el pueblo perecía, se ofreció a sí mismo diciendo: "Yo soy, yo he pecado, y yo, el pastor, he actuado mal" (IV Reyes XXIV, 17): y así se aplacó la ira del Señor, y se concedió el perdón.

70. Al mismo tiempo muestra que los santos permanecen, los criminales son arrojados. Por lo tanto, debemos conservar la gracia espiritual, para que no se nos quite a causa de nuestros pecados. Pues no es arrojado aquel en quien está el Espíritu Santo: sino que, sin obstáculo, se esfuerza por ofrecerse siempre al Señor, como aquel que al Señor diciendo: "¿También vosotros queréis irnos?", respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos" (Juan VI, 68 y 69).

71. Al mismo tiempo, se debe considerar que el Espíritu no se quita sino por la voluntad del Señor; así como no se da sino por la voluntad del Señor: quien ciertamente cuando se da, no actúa como obligado, sino que se distribuye según su voluntad, como está escrito, diciendo el Apóstol: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno según quiere" (I Corintios XII, 11). Por lo tanto, dado que no se quita sino por la voluntad del Señor, se muestra que hay una sola voluntad en la Trinidad.

CAPÍTULO XV.

La naturaleza racional es la única capaz de la alegría salvadora; y se confirma con el espíritu principal; ¿y cuál es ese espíritu?

72. Devuélveme la alegría de tu salvación: y con un espíritu principal afirmame (Salmo L, 14). A quien se debe, y se devuelve: se devuelve la alegría salvadora a la naturaleza racional. La alegría y el gozo son fruto del Espíritu. Nuestro fundamento también es el espíritu principal. Finalmente, aquel que es afirmado con el espíritu principal, no está sujeto a la servidumbre, no sabe servir al pecado, no sabe vacilar, no sabe errar, ni vacila incierto en su propósito; sino que, afirmado en la roca, se establece con paso firme.

73. ¿A quién creemos que se llama espíritu principal? Muchos refieren el espíritu recto al Señor Jesús, quien quitó el pecado del mundo, y renovó a toda la humanidad con la efusión de su sangre; y por eso se dice: "Renueva un espíritu recto en mis entrañas": pero entienden el Espíritu Santo como el espíritu de verdad: y al Espíritu Santo como el principal, lo consideran Dios Padre. Cuán moralmente dice: "No me arrojes de tu presencia". Teme fielmente que se le quite la gracia que ha recibido; y por eso en otro lugar dice: "Mis ojos están siempre hacia el Señor" (Salmo XXIV, 15). Y más adelante: "He aquí, como los ojos de los siervos están en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora: así nuestros ojos están hacia el Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros" (Salmo CXXII, 2). Ciertamente este es el Espíritu maestro y príncipe, que gobierna la mente, confirma el afecto, lleva a donde quiere, y dirige a la vida superior.

74. También hay quienes han recibido el espíritu del hombre, que está en él. Por eso dice el Apóstol: "¿Quién de los hombres sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?" (I Corintios II, 11). Quien puede saberlo todo, a quien no le son ocultas las cosas del hombre, puede tener el principado en el hombre.

CAPÍTULO XVI.

Es propio de un doctor experto enseñar a los inicuos los caminos del Señor. ¿Cómo se acomoda esto tanto a la persona de Cristo como a la de David? ¿Y qué ora el Profeta al pedir ser liberado de las sangres?

75. Sigue: "Enseñaré a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti" (Salmo L, 15). Aquel es el principal piloto, que gobierna la nave en la costa rocosa: aquel es el buen maestro, que agudiza las mentes más duras para el progreso del aprendizaje: aquel es el guerrero excelente, el líder admirable, que enciende a los más tímidos en la batalla, y habiendo explorado las características de los lugares, los refuerza; para que las debilidades de las fuerzas se compensen con la oportunidad de la posición: aquel es igualmente un gran celador de la fe, que enseña a los inicuos. Por eso dice bellamente: "Enseñaré a los inicuos". No dijo: Enseñaré a los justos; porque los justos ya conocen los caminos del Señor: sino, "a los inicuos", dice, "enseñaré". Finalmente, el autor de la prudencia y maestro de todos dice: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores" (Mateo IX, 13). Y aquel médico celestial: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos" (Ibid., 12).

76. Ya sea, por lo tanto, desde la persona de aquel que llamó a las naciones, o desde la suya propia, bien dijo: "Enseñaré a los inicuos tus caminos", porque los afectos viciosos pueden cambiarse, y el propósito puede convertirse por la doctrina celestial, y la operación divina puede infundir en los corazones sacrílegos los estudios de la piedad; para que aquellos que vivían sin ley, se conviertan al verdadero Señor, de quien antes se apartaban: también por el ejemplo de la penitencia real, aquellos que ejercen iniquidades y amargos crímenes se corrijan; y convertidos por la fe y la obra, reciban el remedio de la doctrina salvadora, entren en los caminos del Señor, en los cuales no encuentren desvíos de error, ni desvíos de caída precipitada. Así como el ejemplo de buena vida y el modelo de virtud están en aquellos hombres que han recorrido los tiempos de su vida sin ofensa: así aquellos que renunciando a los delitos pasados, o a los errores de crueldad, han corregido el curso de su vida posterior, son propuestos para imitar a aquellos que caen ya sea por obra o por pensamiento.

77. Sigue: "Líbrame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación" (Salmo L, 16). Y puede referirse a la muerte de Urías, de la cual, consciente del asesinato ordenado, pide perdón por tan gran delito, y aunque como rey está absuelto por las leyes, sin embargo, es culpable ante su propia conciencia; deseando ser liberado de estas cadenas, pide la ayuda divina para ser limpiado de toda mancha del crimen cometido. Y en verdad, siendo manso y de corazón humilde, el santo Profeta siempre ha dado notables muestras de su mansedumbre y piedad, de modo que frecuentemente perdonó a sus adversarios, y pensó que debía abstenerse de su muerte; no es de extrañar que lamente tan gravemente que el pecado de derramar sangre inocente se le haya deslizado. Por eso pidió ser liberado de las sangres, es decir, de los pecados mortales. Alabó al Señor su Dios, proclamó la justicia del Señor; y por eso añadió: "Exultará mi lengua en tu justicia".

CAPÍTULO XVII.

David indica con sus palabras que su pecado le ha sido perdonado, ya que Dios cierra la boca al pecador. Estas mismas palabras también se aplican a Cristo, quien es el verdadero David, de quien se presagia la futura congregación de las naciones y la fundación de las Iglesias; finalmente, se proponen algunas cosas sobre el sacrificio de Cristo y de los Mártires para concluir la obra.

78. Señor, abrirás mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza (Salmo L, 17). Quien alaba al Señor, será salvo de sus enemigos, como está escrito (Salmo XVII, 4). Y ciertamente había dicho antes en el salmo cuadragésimo noveno: "Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias?" (Salmo XLIX, 17). Por lo tanto, cuando por su propia boca dijo que Dios había prohibido al pecador narrar sus justicias, ciertamente al narrar él mismo la justicia de Dios, declaró que este delito no le fue imputado como pecado.

79. Y añadió: "Abrirás mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza". Dios cierra la boca del pecador, para que no hable las justicias de Dios; abre la del justo, para que hable. Por lo tanto, a quien abre los labios, a este absuelve del pecado. Pero el Señor abre los labios de aquel que recibe la palabra en la apertura de su boca. Por eso también el Apóstol pide ser ayudado por las oraciones del pueblo, para que se le abra la puerta de la palabra para hablar el misterio de Cristo (Colosenses IV, 3). Tomamos la lengua como el discurso de aquel que exulta en las alabanzas de Dios. Por eso también se estima así: "Mi lengua es la pluma de un escriba que escribe rápidamente" (Salmo XLIV, 2), el discurso infundido al Profeta.

80. Pero si lo tomamos como dicho desde la persona de Cristo, considera si no es el escriba que escribe rápidamente el Verbo de Dios, que recorre y penetra las entrañas del alma, e inscribe en ella los dones de la naturaleza o de la gracia: y la lengua es aquel santo cuerpo nacido de la Virgen, por el cual fueron vaciados los venenos de la serpiente, y las obras del Evangelio fueron celebradas por todo el mundo. Contribuye a evacuar el pecado, que asumió la humildad; contritó su corazón, lo cual el Señor prefiere como sacrificio, más que los holocaustos por los pecados, que según la Ley solían ofrecerse. Finalmente, arriba dice: "Holocaustos y por el pecado no pediste, entonces dije: He aquí que vengo" (Salmo XXIX, 7 y 8), es decir, no consideré como robo ser igual a Dios, vengo tomando la forma de siervo; vengo en la apariencia de la asunción humana, en la verdad de la cruz, probando la obediencia en la humildad de la muerte; para que en la obediencia sea borrado.

81. Por lo tanto, con razón dice aquí: "Porque si hubieras querido, ciertamente habría ofrecido sacrificio, no te deleitarás en holocaustos. El sacrificio a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios no desprecia" (Salmo L, 18 y 19). Y como dije antes, es cierto que se ajusta al misterio que el mismo Señor Jesús parece hablar aquí también desde su persona, quien anteriormente pronunció aquello con evidente testificación de su persona. Él mismo es el verdadero David, fuerte de mano, verdadero humilde, y manso, primero y último, primero en eternidad, último en humildad: por cuya obediencia se borró la culpa del género humano, y se restituyó la justicia. Él mismo, digo, Jesús, fin de la sombra y de la Ley, vino como maestro de humildad a enseñar a los soberbios de mente, y a los inflados de corazón con orgullo, que deben migrar a la mansedumbre y simplicidad. ¿Cómo, pues, en el tipo de su misterio puede imputarse pecado, cuando en el mismo misterio hay remisión de pecados? A menos que tal vez por eso David confesó su iniquidad, y el pecado de aquel delito; para que él mismo también perteneciera a la remisión del pecado, y a la gracia del misterio.

82. Pues, ¿qué significa que un hombre confesando su pecado, canta sobre Sion y Jerusalén diciendo: "Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que se edifiquen los muros de Jerusalén" (Salmo L, 20); sino que le agrada que se acelere la congregación de la Iglesia por la vocación de las naciones; que no es del hijo de la esclava, sino de la libre Jerusalén, aquella que está en el cielo, que difundiría su descendencia de fe por todo el mundo y fundaría los recintos de los muros espirituales con la afirmación de la doctrina apostólica?

83. Por lo tanto, los muros de Jerusalén son las defensas de la fe, las fortalezas de las disputas, las cumbres de las virtudes; los muros de Jerusalén son las asambleas de las Iglesias fundadas por todo el mundo. Pues la Iglesia dice: "Yo soy un muro, y mis pechos son torres" (Cantar de los Cantares VIII, 10). Y bien, los muros de Jerusalén son los conventículos de las Iglesias; porque quien entra en la Iglesia con buena fe y obra, se convierte en ciudadano y habitante de aquella ciudad celestial que descende del cielo. Estos muros son edificados por la estructura de piedras vivas.

84. Viendo, por lo tanto, la verdadera Jerusalén y Sion, dijo: "Cuando bendigas en tu buena voluntad a Jerusalén y Sion, entonces aceptarás el sacrificio de justicia" (Salmo L, 21), es decir, el sacrificio del cuerpo de Cristo, quien dijo, cuando hablaba de su propia pasión: "Abridme las puertas de la justicia, y entrando en ellas confesaré al Señor" (Salmo CXVII, 19). Y en el Evangelio dice a Juan: "Deja ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia" (Mateo III, 15). Y más adelante: "Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia" (Mateo V, 10). Cristo es la justicia. Por lo tanto, afirma que el sacrificio de Cristo será aceptable al Padre. Esto es, por lo tanto, de lo que también arriba dice: "Ofreced sacrificio de justicia, y esperad en el Señor" (Salmo IV, 6). Esta es la ofrenda de justicia espiritual, y el holocausto de ferviente devoción, y la infusión del Espíritu Santo, que dice que sucederá, cuando al altar espiritual del Señor comiencen a acercarse las almas de los creyentes, que renunciando a los placeres y deleites, como si llevaran un arado en sus entrañas, puedan dar fruto de piadosa cultura.

85. O ciertamente así: Cuando bendigas a la Iglesia adquirida de las naciones, y comience a frecuentarse el sacrificio espiritual de justicia, entonces también los santos mártires que ofrecieron su cuerpo por Cristo para ser arado, serán ofrecidos como becerros en los altares sagrados; como encontramos escrito en el Apocalipsis de Juan (Apocalipsis VI, 9), que bajo el altar estaban las almas de aquellos que por el nombre del Señor Jesús ofrecieron sus cuerpos al martirio, para obtener la gracia de Cristo: a quien sea el honor y la gloria, la alabanza, la perpetuidad con Dios Padre y el Espíritu Santo desde los siglos y ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.